

Recordando a Elena Garro

Para recordar la muerte de Elena Garro, en este número recogemos algunas de sus páginas periodísticas y un fragmento de una entrevista que le hizo Elena Poniatowska. En ellas es posible apreciar su espíritu crítico, único en aquellos años. A nuestro modo de ver en la historia de las letras nacionales, son esos artículos los que la convierten en incómoda, en aborrecible. Lo absurdo del caso es que esas notas, reportajes, artículos y entrevistas hayan sido capaces de perjudicar su extraordinaria literatura. La Elena periodista contribuyó con sus críticas abiertas a negar a la Elena escritora de literatura, de obras dramáticas agudas y plenas de hermosura, de cuentos perfectos y emotivos. En efecto, los intelectuales mexicanos no sólo tomaron partido por Octavio Paz en la simbólica separación matrimonial sino que contribuyeron a bloquearle las rutas del éxito que una narradora y dramaturga de esa talla merece. Elena Garro y su hija Helena Paz Garro emprendieron un largo y doloroso exilio que no ha culminado, pues es necesaria la plena y total recuperación de la obra de ambas mujeres, sofocadas por la ausencia de crítica política y literaria en el país. Sólo leerlas y considerar el tiempo en que fueron escritas esas páginas memorables y valientes, le permitirán al lector darse cuenta por qué Elena Garro es la gran marginada de nuestras letras, mientras que en el panorama actual sobresalen figuras mínimas, producto de la adulación al poder y resultado de procesos mediáticos. Elena defendió con vehemencia a los indios y rechazó a los intelectuales por parecerles hipócritas y cobardes. Los lectores de Elena no debemos cejar en la recuperación de su obra y su asombrosa personalidad. Antes de sumarnos al coro de sus detractores, es preferible leer su obra literaria.

El Búho

Artículos periodísticos de Elena Garro

La región más transparente de Carlos Fuentes vista por Elena Garro*

En el lapso de un año, nuestro medio literario ha visto surgir a una trilogía de novelistas: Guadalupe Amor, Rosario Castellanos y Carlos Fuentes. Este último es el más reciente y no sabemos si podemos llamarlo novelista, ni si podemos incluir su libro como una novela para poder formar parte de una tercia.

Es verdad que Fuentes amontona todos los elementos aparentes de una novela: amontona palabras, nombres, incidentes y amontona imágenes ya de por

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

ELENA GARRO

sí amontonados. Fuentes se embrolla. Se embrolla con el ruido de su máquina Rémington portátil, y golpea tanto, que el lector no puede sustraerse al ruido ensordecedor de las teclas aporreadas durante horas. Hay que dejar el libro. Hay que descansar del ruido y del embrollo que a cada instante aumenta más y más.



Elena Garro

Entonces, se piensa que es inútil decir que su antecesor directo es el argentino Leopoldo Marechal con su famoso libro *Adán Buenosaires*. Libro que Borges y su grupo calificaron de difamatorio y que arrancó, en cambio, aplausos entusiastas de otros grupos literarios alejados de Sur.

La coincidencia entre *Adán Buenosaires* y *La región más transparente* es tan asombrosa que se podría decir que ambos demuestran la existencia de cierto espíritu confuso que no se da sino en Hispanoamérica. Se piensa, también, que ciertos críticos mexicanos, como ciertos críticos argentinos, van a decir que el libro es “una denuncia” y por lo tanto un libro magnífico para México. (El culto a “la denuncia” es un culto policiaco y por lo tanto siempre sospechoso) y el lector se pregunta ingenuamente: ¿por qué siempre las obras dudosas son buenas para México o Buenos Aires y malas para París o Londres? Si los críticos pensaran con lógica descubrirían que lo que es malo en París o Londres es malo en México o Buenos Aires. Y a la inversa. Y para demostrarlo veamos el asombro de los europeos ante Juan Rulfo. También se va a decir que en el embrollo que ocasiona Fuentes reside “lo mexicano”, como en el embrollo de Marechal residió “lo argentino”. ¿Por qué? ¿Qué acaso el escritor no es aquel que desembrolla las marañas más complicadas?

Flaubert por ejemplo: Flaubert se encuentra un día con una maraña femenina: una suicida. Y Flaubert deshace la maraña y nos da a *Ema Bovary*. A partir de *Ema Bovary*, sabemos por qué se suicidan ciertas mujeres.

Volvemos al libro y el primer pensamiento que nos viene es el de que tanto Fuentes como Marechal, están más cerca de ser personajes que autores. Son, podríamos decir *Emas Bovarys* antes de Flaubert. Esto lo sabe Fuentes más claramente que Marechal y honradamen-

te trata de aclararse a sí mismo. Y, desde las primeras páginas, nos sale al encuentro en la figura de Bobó. El autorretrato es convincente por honesto. Sin embargo, no nos llega completo. Le falta interioridad... esta carencia, el autor trata de suplirla con exterioridades como la importancia de su departamento, sus amigos, sus bongoceros, sus frases y sus incidentes, amontonados desordenadamente alrededor del personaje inicial. Personaje que después desaparece perdido en un mar de objetos, situaciones, conversaciones, calles, plazas, choferes, prostitutas, revoluciones, braceros, personajes históricos nombrados al azar, etcétera. Pero ahí está Bobó. Bobó asombrado de girar sobre sí mismo. Y Bobó es Bobó, como *Ema Bovary* es *Ema Bovary*. Después, Bobó se dedica a los demás y los pierde y se embrolla. Fuentes suple esta pérdida inventando ingenuamente. Inventa a la manera de los niños, sin pies ni cabeza. Inventa como Marechal, nombres absurdos para bautizar sombras absurdas que desfilen localmente en un calidoscopio parlante. Nadie vuelve a ser nadie. Nadie se llama *Ixca Cienfuegos*, por lo tanto nadie es *Ixca Cienfuegos*. Fuentes falta infantilmente de oído para nombrar a sus personajes. O quizá ingenuamente no tiene personajes. Porque, ¿se puede considerar personajes a esos seres amorfos y planos que circulan gesticulando a la manera de *Pina Menichelli* en el cine mudo, a través de las páginas del libro? El mundo de Fuentes es un mundo de sombras con ojos pintados al carbón, gasas y harapos flotantes, bigotes, villanos y gestos. Muchos gestos elocuentes y rápidos, que sólo las cámaras cinematográficas de 1915 lograron dar. De esa velocidad proviene que los incidentes queden puramente en incidentes sin llegar nunca al conflicto. El conflicto requiere un tiempo, un espacio y un lugar que la cámara 1915 que Fuentes utiliza es incapaz de producir. Así, el

juego interior del libro se vuelve puramente incidental.

Cuando vemos a Sarah Bernhardt representando una tragedia en una cinta muda nos preguntamos: ¿Es posible que esa sombra emplumada, que gesticula sin orden ni concierto, sea la actriz trágica que movió al mundo? Resulta agotador mirarla correr, levantar los brazos, torcer los ojos. Es la imagen de lo grotesco, no de lo trágico. Pero somos injustos. Sarah Bernhardt era una trágica y si de ella no nos queda sino esa imagen epiléptica y enloquecida, no se debe a su incapacidad de actriz, sino a la imperfección de la máquina para darnos el verdadero tiempo y el ritmo trágico de la comediante.

Pasa lo mismo con las sombras vertiginosas de Fuentes. Indudablemente estas sombras deben esconder a personajes, sólo que estos quedan ocultos por la deficiencia de la máquina que emplea el escritor. Los caballeros bigotones que corren ridículamente por el libro, golpeándose el pecho con ambos puños, para decirnos que están locamente enamorados. Locamente ganando dinero, deben estar enamorados o deben ganar muchísimo dinero, aunque a nosotros nos produzca risa. O las señoras gordas que señalan con gestos sincopados y abundantes al traidor, seguramente deben señalarlo, aunque el gesto y el villano nos resulten pueriles. La Revolución, especie de virgen cristiana, echada al Circo Romano y condenada con el pulgar invertido de cortesanas y senadores es una alegoría infantil, que pierde validez, por obvia.

Este mundo alegórico e ingenuo de Fuentes, desarrollado en unas páginas de celuloide opaco, en donde las sombras eróticas corren untándose a las paredes, y en donde no hay lugar sino para los gestos desenfrenados y la cámara fija que los deforma, no es el mundo, ni la dimensión de la novela.

Fuentes no ha encontrado, todavía, las palabras con las cuales quiere transmitirnos sus palabras. Se enloquece en ellas y nosotros lectores, nos impacientamos o reímos, como nos hacía reír Charles Chose, cuando la evidencia de un pastelón blanco le estrellaba en la nariz.

*Artículo aparecido en México en la cultura, Novedades, 11 de mayo de 1958.

Los intelectuales pelean el "hueso".

Se contentan únicamente con colocarse a la zaga de los sueldos asignados a sus plumas

ELENA GARRO

"Un hombre acusado de robo se lanzó por una ventana del tercer piso de la Jefatura de Policía. Su cuerpo ensangrentado fue recogido por una ambulancia..."

Un general está acusado por la CNC por haber despojado de sus tierras a unos campesinos de sus tierras ejidales el general construyó unos fraccionamientos de lujo y se niega desde hace años a pagar el precio de las tierras robadas a los campesinos despojados..."

"Un general asesinó por la espalda a un obrero y dejó huérfanos a ocho niños. El general está libre..."

Todos los días aparecen noticias similares en los diarios de México. Son noticias sin importancia. Hechos así aparecen noticias similares países del mundo... Y, sin embargo, son hechos que muestran la descomposición de la clase intelectual mexicana.

Cuando los intelectuales carecen de principios que dicten su conducta y ejercen el oficio de intelectual con fines simplemente lucrativos, la sociedad que los padece se vuelve caótica. La confusión de principios, de política y de retraso cultural, que reina no sólo en México sino en toda América Latina, no se debe a sus políticos, sino a la llamada clase intelectual de este Hemisferio que ha sido incapaz de dirigir o de crear el pensamiento propio de estos países.

La política es el resultado del pensamiento. Sucede en el nivel de la acción y cuando el pensamiento va a la zaga de la acción, el pensamiento se convierte en la justificación del hecho consumado, y la política se torna confusa y perniciosa. No hay acuerdo entre las palabras y los hechos. La distancia entre la palabra y la realidad se vuelve infranqueable y el resultado es la dictadura. Esos fosos abiertos en el espacio de lo ideal, en la realidad se llenan de cadáveres.

En el desacuerdo entre las palabras y los hechos reside el origen del totalitarismo, como en el caso de las revoluciones marxistas, efectuadas todas en países subdesarrollados. La aplicación de una teoría pensada para solucionar el desequilibrio económico de los países altamente industrializados como Inglaterra, a una realidad económica imprevista por la teoría, produjo de inmediato el establecimiento de dictaduras políticas eficaces, sostenidas por el terror. La distancia entre la torpeza de la teoría y la realidad tuvo que llenarse de cadáveres.

¿Cuál fue el papel de la llamada clase intelectual mexicana durante el Porfiriato? Hacer hermosos gestos, decir hermosas frases a la Víctor Hugo, para halagar a un gobierno al estilo Corte Austriaca, mientras en la realidad se practicaba el genocidio de los indios yaquis. El pozo abierto entre la palabra y los hechos se llenó de cadáveres. ¿Cuál fue el papel de la mayoría de los intelectuales mexicanos durante la Revolución Mexicana? Colaborar abiertamente con el gabinete de Victoriano Huerta. Incapaces de abandonar las palabras prestadas por Víctor Hugo, tuvieron que colaborar con el hombre que poseía su misma virtud: la equivocación de las palabras.

¿Cuál es el pleito que divide actualmente a los intelectuales marxistas? Un asunto de "hueso". Los disidentes buscan "hueso" en el nuevo régimen. La

distancia entre sus palabras y sus hechos todavía no produce sangre. Pero su actitud sirve para esparcir más la confusión en una situación por demás confusa.

La cobardía o ineficacia de los pensadores mexicanos hizo que el pueblo, al hacer su revolución, olvidara su existencia y por lo tanto la posibilidad de amordazarlos, como en el caso de la Revolución Rusa, en donde Trotsky y Lenin, fundadores de la sociedad soviética, dedicaron largos ensayos a la necesidad urgente de exterminar a los escritores. Su propósito era abolir el margen necesario entre el pueblo y el Estado, vital para la creación, y asegurar la existencia de la dictadura, o de la nueva sociedad sin pensamiento. En esta sociedad nueva el escritor fue colocado a la zaga de la acción política y no en el origen, como había sido hasta entonces. Al político, que había sido resultado de un pensamiento, lo convirtió en comentarista de sus acciones, de sus frases, de sus medidas represivas, de sus fusilatas y de sus comilonas.

El olvido de los escritores mexicanos por los revolucionarios nos dio el establecimiento de un gobierno flexible y de un Partido Único lleno de brechas que permiten ejercer la libertad. Pero la mayoría de los escritores mexicanos se contentaron con colocarse a la zaga de la acción política y con recibir sueldos asignados por los políticos a sus plumas. Otros prefirieron estudiar una revolución intelectual como la marxista. Sus bases filosóficas, las disensiones entre las diversas internacionales y Stalin y Trotsky, los sedujeron más que la acción de los militares mexicanos. Su seducción era sincera y natural: una teoría intelectual aplicada a una realidad por intelectuales, tenía que fascinarlos. Aunque el producto fuera más equivocado que el logrado con la revolución mexicana popular. No solamente

a ellos, sino a todos los intelectuales del mundo. Aunque desde hace ya treinta años los escritores importantes de Europa se hayan dedicado a combatir a esa sociedad totalitaria emanada de la teoría marxista.

El político mexicano, acusado de bárbaro e inculto, es impulsado, casi a pesar suyo, por un inconsciente colectivo y así su actitud corresponde de una manera más profunda a la manera de ser del mexicano y aún ahora cincuenta años después de efectuada la Revolución, se preocupa de que ésta continúe. Los intelectuales, en cambio, ejercen el peligroso oficio de seguir equivocando las palabras y los hechos. El último ejemplo lo tuvimos en la discusión penosa entre los dos grupos marxistas de México. Su discusión no era ideológica, sino simplemente de “hueso”. Y hay que reconocer que el grupo disidente llevó la parte más deshonrosa. Si los intelectuales se hubieran dedicado a ejercer una crítica al Gobierno de la Revolución, tal vez los encabezados de los diarios no traerían hechos que nos acusan a todos.

El hecho de que un general, alto personaje de la política, y como él otros muchos, roben tierras ejidales y entren en pleito con la CNC, indica que la raíz de la Revolución misma está siendo traicionada por aquellos mismos que la hicieron.

El hecho de que un general mate a un obrero por la espalda y quede libre o prófugo, es una acusación directa contra los intelectuales, que en lugar de velar simplemente por lo que los políticos hicieron, renuncian hasta a esa mínima responsabilidad y se pierden en querellas y discusiones que no demuestran sino la corrupción total de sus plumas. Y mientras, gracias a esta corrupción entre las palabras y los hechos, aumenta el foso abierto dentro del mismo seno de la Revolución Mexicana, y se vuelve peligroso. Pues

estos hechos indican que, por la inercia y demagogia de los escritores, la Revolución Mexicana puede tomar formas totalitarias. Pero ninguno de estos hechos afecta a los dos grupos marxistas en pugna, ya que son las formas totalitarias las que los dos grupos admiran.

Presente!, Cuernavaca, Morelos, México, domingo 13 de septiembre de 1964.

La prueba de fuego de los intelectuales

Fragmento de una entrevista a Elena Garro realizada por ELENA PONIATOWSKA

París, a 2 de agosto de 1962.- Un día hace ya algunos años, el Fondo de Cultura Económica, le preparó a don Rómulo Gallegos un acto de homenaje en el que participaron todos los intelectuales mexicanos. Don



Arturo Ripstein bailando con Elena Garro,
Foto: tomada del libro Yo soy memoria

Rómulo regresaba a su patria: Venezuela, después de una larga temporada de exilio en México. Como el ex presidente Gallegos es un intelectual profundamente ligado a su pueblo, todos los discursos versaron sobre un solo tema: La democracia y la injusticia social. De pronto, sucedió algo inusitado. En la gran sala de actos del Fondo de Cultura Económica irrumpieron veinte o treinta indios con sombrero de petate, guaraches, calzones de manta y tras de ellos, la señora Elena Garro de Paz. Desde hace dos o tres años, doña Elena Garro de Paz, dedicó lo mejor de su tiempo a defender a los indios de Ahuatepec. Habló con Agustín Legorreta, amenazó a los terratenientes, fue a ver a “los de la Presidencia”, visitó a las autoridades municipales, pidió ayuda a los periodistas (sólo Elvira Vargas lo hizo) y los campesinos empezaron a seguirla, porque “a lo mejor con esa señora güerita, sí les devolverían sus tierras”... Elena Garro de Paz se hizo amiga de todos los campesinos; se responsabilizó de ellos; hizo suyo los problemas de estos hombres, y el día del homenaje a Rómulo Gallegos, en el Fondo de Cultura Económica, nada se le hizo más fácil que ir a pedir, junto con sus indios, la solidaridad de los intelectuales.

Ya habían entrado al Fondo, Elenita, los intelectuales. Abajo, una española, parada en la puerta me dijo cuando quisimos hacer lo mismo:

-¿Y estos quiénes son?.. ¡Estos no pueden entrar!

-¿Por qué? -le pregunté.

-Porque éste no es un lugar para ellos -me contestó la española.

A mí me repugnan los españoles cuando se ponen anti-indígenas; me repugnan los gachupines, así es que yo me metí con mis campesinos, sin hacerle caso a la española. Allí, en la salota, estaban todos los intelectuales, y cuando me vieron con todos los inditos, no me dieron ni la mano; todos muy elegantes los

intelectuales con sus whiskys en la mano y unas señoras que escriben mucho y muy mal, que también sólo pelaban los ojos. Los indios que habían entrado de puntitas se quedaron en un rincón, su sombrero en la mano. En medio de los intelectuales uno de los oradores hablaba de ‘la pluma al servicio del pueblo’... ‘la justicia social’... ‘la revolución’... ‘la tierra es de quien la trabaja’... y los campesinos asentaban con la cabeza: ‘¡Eso sí que está bueno... Está muy bueno... Debimos venir antes’...! Una vez terminados los discursos me acerqué a uno de los intelectuales y le pedí que les dijera a todos que si no me podían firmar una petición, un manifiesto para ayudar a estos indios a recuperar sus tierras. El intelectual me dijo: ‘Dirígete a la Presidencia de la República’... ‘Pero si hace dos años que lo hago’, le repuse... Él se dio media vuelta y me dejó. Todos los intelectuales se hicieron grupos, se pusieron a hablar entre ellos... Les dieron la espalda a los campesinos... Entonces me dirigí al director del Fondo: ‘Señor Orfila ¿no les puede pedir firmas por favor, a estos intelectuales?’... Orfila me dijo que no, Gallegos me dijo que no porque él no podía meterse en los asuntos internos de México y esto me pareció más comprensible. En fin, todos se fueron corriendo. Nadie quiso firmar. Por eso te digo que si los intelectuales son revolucionarios, yo soy antirrevolucionaria. Nos salimos. ¡Hombre! ¡Estos indios nunca han tenido un par de zapatos!... En la calle, allí estaban todos los coches de los desgraciados intelectuales y de los banqueros y de los de Relaciones Exteriores y de políticos cultos y de los tigres con jacquet y de los cocodrilos de frac y de los chacales con smoking. Yo pregunté: ‘¿Quién sabe desinflar llantas?’. Todo mundo sabe desinflar llantas. Así es que nos pusimos todos a desinflar llantas. De pronto, se acercaron dos choferes de Relaciones Exteriores: ‘¿Qué pasa aquí?’ Yo los conocía: Antonio y

Román. Les conté lo que había pasado: ‘¡Fíjense Antonio y Román, que han corrido a estos indios!’ Ellos me contestaron: ‘¡Cómo no los van a correr si estos intelectuales son una punta de sinvergüenzas!’... Los choferes vestidos de negro se quitaron el saco y la gorra y desinflamos las llantas de los Cadillaces y Mercedes Benz”.

-Pero, ¿no crees que a los intelectuales pudo parecerles insólito que tú irrumpieras en su reunión?

-Lo que pasa es que entonces les parecía insólito que alguien defendiera a los indios... Ahora lo que me da más risa, eso que todos son pro-indios. ¡Eso es lo que me da más risa! ¡Y los pobrecitos campesinos en la reunión del Fondo, estaban creyendo que les iban a dar la razón esos señores tan demócratas!... Por eso yo no creo que los intelectuales sean revolucionarios. Sólo hablan. A la hora de los hechos, nada. En México, la Constitución es buena, las leyes son muy buenas. Los que están fuera de la ley son los banqueros y los llamados revolucionarios. Así se llaman ellos: ‘revolucionarios’. ¡Déjales el título! Son tigres que todavía no comen.

-Bueno, pero tienes que admitir que era un poco asombroso que entraras al Fondo de Cultura en esa forma...

-En México, por el simple hecho de ser mujer, todo queda invalidado... En México, apenas una mujer es un poco inteligente, tiene otras aspiraciones; quiere trabajar, escribir, hacer algo, todos se confabulan para ver qué le hacen, cómo la destruyen, cómo la dañan.

-Pero, ¿por qué te importan tanto los indios? ¿Por qué los has defendido?

-Es la pregunta que más me interesa. Para responderla estoy escribiendo un libro. Te diré de prisa que me crié entre ellos y que para mí son tan queridos como mi familia española. Aparte de esta razón

sentimental, los indios son las personas cultas del país. Me da risa cuando los bárbaros de la ciudad dicen que van a civilizarlos y a incorporarlos. ¿Cómo van a civilizarlos? ¿Enseñándoles las palabras al revés impuestas por la fuerza de la ametralladora? ¿Y a qué los van a incorporar? ¿Al dinero mal habido, al mal gusto de sus casotas, a la sordidez de sus costumbres y a no ser de ningún país, ni pertenecer a ninguna cultura? ¡Es ridículo! Por muy pobres y desamparados que estén los indios, ellos son los depositarios de las formas antiguas mexicanas y de la cultura española. Basta oír hablar a un campesino y a un político para darse cuenta de quién es el bárbaro.

-¿Por eso los has defendido?

-Los he defendido porque son nuestras víctimas. El mundo entero protesta cuando linchan al negro de Alabama. Pero cuando robamos, humillamos, escupimos, violamos y asesinamos a los indios mexicanos, nadie protesta. Desde hace unos meses, cuando la matazón es muy grande, algunos intelectuales protestan, con muchas palabras y pocos hechos. Son muy cautelosos, ¿verdad? Dicen un latifundista, un general, un millonario y sólo el teniente que lleva la ametralladora tiene un nombre tan anodino como Pérez o Martínez. Yo creo que cuando se defiende algo, hay que nombrarlo y también hay que nombrar de quién o qué se le defiende. Eso hicimos Archibaldo Burns, el señor Rojas y yo cuando defendimos a los campesinos de Ahuatepec. Por eso dejaron de matarlos y por eso ganaron sus tierras. El latifundista nombrado (Agustín Legorreta) hasta nos ayudó a expulsar a los otros latifundistas también nombrados en los artículos de Elvira Vargas. Admiro mucho el valor de esta mujer. Fue la primera en atreverse a poner un nombre conocido junto a un crimen. Y también admiro a Archibaldo Burns que aunque no es libertador de



Elena Garro y Helena Paz,
 Foto: tomada del libro Yo soy memoria

la patria, recibió varios balazos por defender a unos inocentes. Mi experiencia fue que si se nombra al latifundista, éste se cuida de ser asesinado con toda la impunidad. Claro que nombrarlo es arriesgado pero hay que tomar los riesgos sin las ventajas; lo contrario es excitar al latifundista, provocar su ira y los muertos son los indios. O se dice todo, o no se dice nada, pues ocultar el nombre del criminal es más peligroso que ocultar sus hechos.

-Pero, ¿no te da miedo meterte en esos terrenos tan pantanosos?

-En casa de Jaime Torres Bodet, cuando éste era director de la UNESCO, conocí a un escritor que se iba a América Latina para escribir un libro sobre nosotros. El escritor se llamaba Tibor Mende. ¿Lo recuerdas? Mende escribió el libro y en el capítulo referente a México dice: "Para entender a México, hay que saber primero que nada, que en ese país las palabras signi-

fican lo contrario de lo que se proponen. Cuando en México se dice Revolución, hay que entender Contrarrevolución; cuando se dice Justicia, hay que entender Injusticia; cuando se dice Igualdad, hay que entender Desigualdad; cuando se dice Reparto de Tierras, hay que entender Latifundio..." Y yo, Elenita, todavía no he aprendido a hablar al revés. Por eso me da miedo. Cada vez que hablo se enojan.

-¿Y crees que lo que dijo Tibor Mende siga siendo verdad?

-A lo mejor. En ese caso habrá que lavar las palabras con lejía para que las gentes de buena fe las puedan volver a usar. ■

Entrevista publicada en Novedades, el 8 de septiembre de 1962.

*Los textos priodísticos de Elena Garro y el fragmento de la entrevista reallizada por Elena Poniatowska están tomados del libro El asesinato de Elena Garro de Patricia Rosas Lopátegui, editorial Porrúa y Universidad Autónoma de Morelos.